

ÍNDICE

<i>Índice de láminas</i>	XI
<i>Prefacio de W. Y. Evans-Wentz</i>	XV
<i>Introducción</i>	XVII
<i>Un gran maestro y un gran libro</i>	XXIX

Capítulo

1. Mis padres y mi primera infancia	3
2. La muerte de mi madre y el amuleto místico	17
3. El santo con dos cuerpos	25
4. Interrumpida fuga hacia el Himalaya	33
5. Un «santo de los perfumes» muestra sus maravillas	48
6. El «swami de los tigres»	58
7. El «santo que levita»	68
8. El gran científico de la India, J. C. Bose	75
9. El bienaventurado devoto y su romance cósmico	86
10. Encuentro a mi maestro, Sri Yukteswar	95
11. Dos muchachos sin dinero en Brindaban	109
12. Años en la ermita de mi maestro	119
13. El santo que no duerme	155
14. Una experiencia de la conciencia cósmica	163
15. El robo de la coliflor	172
16. Cómo dominar la influencia de los astros	185
17. Sasi y los tres zafiros	198
18. Un musulmán que hace maravillas	206
19. Mi maestro, en Calcuta, aparece en Serampore	213
20. No visitamos Cachemira	217
21. Visitamos Cachemira	223
22. El corazón de una imagen de piedra	234
23. Recibo mi grado universitario	241

24. Me ordeno monje de la Orden de los Swamis	250
25. Mi hermano Ananta y mi hermana Nalini	260
26. La ciencia de <i>Kriya Yoga</i>	267
27. La fundación de una escuela de Yoga en Ranchi.	279
28. Kashi renace y es vuelto a encontrar	289
29. Rabindranath Tagore y yo comparamos sistemas de enseñanza.	295
30. La ley de los milagros	301
31. Una entrevista con la santa Madre	315
32. Rama es resucitado	327
33. Babaji, el Yogui-Cristo de la India moderna	337
34. La materialización de un palacio en el Himalaya	347
35. La vida crística de Lahiri Mahasaya.	362
36. El interés de Babaji en Occidente.	376
37. Voy a América	388
38. Lutero Burbank: un santo entre las rosas	398
39. Teresa Neumann: la católica estigmatizada	405
40. Mi regreso a la India	415
41. «Pastoral» en la India meridional.	424
42. Últimos días con mi gurú.	439
43. La resurrección de Sri Yukteswar.	455
44. Con Mahatma Gandhi en Wardha	478
45. La madre bengalí y su inefable gozo	499
46. La mujer yogui que nunca come	505
47. Regreso a Occidente	519
48. En la ciudad de Encinitas, en California	525
49. Los años 1940-1951	530
Paramahansa Yogananda: un yogui en la vida y en la muerte. . .	549
Sello postal emitido por el gobierno de la India en homenaje a Paramahansa Yogananda.	550
La sucesión de gurús de <i>Self-Realization Fellowship</i>	558
Metas e ideales de <i>Self-Realization Fellowship</i>	559
Índice alfabético	560

CAPÍTULO 1

Mis padres y mi primera infancia

La búsqueda de las verdades supremas —unida a la concomitante relación entre el discípulo y su gurú¹— han constituido desde siempre los rasgos distintivos de la cultura de la India. En mi caso, mi senda me condujo a los pies de un sabio semejante a Cristo, cuya hermosa vida fue modelada para el beneficio de todas las épocas. Fue él uno de aquellos grandes maestros que constituyen el mayor tesoro de la India y que, al emerger en cada nueva generación, han fortificado su tierra, protegiéndola de la desafortunada suerte sufrida por el antiguo Egipto y Babilonia.

Entre mis primeros recuerdos se cuentan algunos aspectos distintivos de una encarnación anterior: desplazadas en el tiempo, acudían a mi mente nítidas reminiscencias de otra existencia en un pasado distante, durante la cual había vivido yo como un yogui², en medio de las nieves del Himalaya. Trascendiendo toda dimensión, estos atisbos del pasado me proporcionaban también ciertos destellos del porvenir.

Puedo recordar aún las humillaciones propias de la infancia impotente, la rebeldía consciente experimentada al verme incapaz de caminar y expresarme libremente, y las suplicantes oraciones que brotaban en mí como reacción ante tal impotencia. Dotado de una intensa vida afectiva, ésta se expresaba mentalmente, en aquel entonces, en las palabras de muchos idiomas; de manera gradual, en medio de la confusión interior de las diversas lenguas, me habitué a escuchar las sílabas del idioma bengalí de mi gente. ¡Cuán asombrosamente vasta es la mente infantil!, aunque, a los

¹ Maestro espiritual. El *Guru Gita* (versículo 17) apropiadamente describe al gurú como el «disipador de la oscuridad» (de la raíz sánscrita *gu*, «oscuridad», y *ru*, «aquello que disipa»).

² Practicante de yoga («unión»), antigua ciencia que trata de la meditación en Dios. Véase el capítulo 26, titulado «La ciencia de *Kriya Yoga*».

ojos de los adultos, parezca limitarse al mundo de los juguetes y los dedos de los pies³.

Recuerdo cómo mis obstinadas crisis de llanto, provenientes de ciertos fermentos psicológicos y de las restricciones de expresión impuestas por mi cuerpo, provocaban la consternación general de la familia ante mi angustia. Pero guardo también en la memoria momentos felices: las caricias de mi madre, mis primeros balbuceos y mis primeros pasos; estos éxitos tempranos, que olvidamos tan rápidamente, constituyen, no obstante, los cimientos naturales de la confianza en uno mismo.

No es inusitado retener recuerdos de un pasado tan remoto. Numerosos yoguis, en efecto, han conservado la conciencia de sí mismos —sin que ésta experimentase interrupción alguna— incluso a través de las dramáticas transiciones entre la «vida» y la «muerte». Si el hombre no fuese sino sólo un cuerpo, su identidad desaparecería, ciertamente, con la pérdida de éste. Pero si los profetas, a lo largo de los milenios, nos han dicho la verdad, el hombre es en esencia un alma incorpórea y omnipresente.

Aunque no sea esto lo más frecuente, no es totalmente desusado el conservar claros recuerdos de la primera infancia. Efectivamente, a través de mis viajes por numerosos países, he tenido ocasión de escuchar de labios de hombres y mujeres veraces el testimonio de sus recuerdos de la más tierna infancia.

Vine al mundo y viví los primeros ocho años de mi vida en la ciudad de Gorakhpur, al noreste de la India, cerca del Himalaya. Yo, Mukunda Lal Ghosh⁴, nací el 5 de enero de 1893; fui el cuarto hijo y el segundo varón de una familia de ocho hermanos: cuatro hombres y cuatro mujeres.

Tanto mi padre como mi madre eran bengalíes y pertenecían a la casta de los *Kshatriyas*⁵, y ambos estaban dotados de un carácter extremadamente noble. Su amor mutuo,

³ Juego de palabras en inglés: *toys and toes*. (N. del T.).

⁴ En 1915, cuando entré en la antigua orden monástica de los Swamis, adopté el nombre monástico de Yogananda. Más tarde, en 1935, mi gurú me confirió el título religioso de *Paramahansa*. (Véanse las páginas 252 y 441).

⁵ La casta de los guerreros y gobernantes; la segunda en el sistema tradicional de castas de la India.

de naturaleza tranquila y digna, nunca se expresaba en forma frívola. La armonía perfecta que reinaba entre ellos constituía el reposado centro alrededor del cual giraba el tumulto de nuestras ocho jóvenes vidas.

Mi padre, Bhagabati Charan Ghosh, era un hombre amable, serio y, en ocasiones, adusto. Aun cuando le amábamos profundamente, sus hijos observábamos en torno a él una cierta distancia cargada de reverencia. Dotado de una mentalidad eminentemente lógica y matemática, su conducta se basaba principalmente en el razonamiento. Mi madre, por su parte, era una reina de corazones y nos educó exclusivamente por medio del amor. Después de su fallecimiento, la ternura interior de mi padre comenzó a exteriorizarse más y entonces noté a menudo que su mirada parecía transformarse en la mirada de mi madre.

Fue al lado de nuestra madre donde sus hijos aprendimos las primeras agridulces lecciones sobre las escrituras. Cuando la ocasión requería someternos a la disciplina, con gran ingenio solía ella recurrir a diversos pasajes del *Mahabharata* y del *Ramayana*⁶, para ayudarnos a comprender; la reprimenda y la instrucción iban mano a mano.

Para recibir a mi padre a su llegada de la oficina, como una expresión de respeto hacia él, solía mi madre mudarnos de ropa, vistiéndonos cada tarde especialmente para la ocasión. El puesto de mi padre en la compañía ferroviaria de Bengala-Nagpur, una de las grandes compañías de la India, era equivalente al de vicepresidente. Y puesto que su trabajo le exigía viajar, nuestra familia tuvo ocasión de vivir en diversas ciudades durante mi niñez.

Uno de los rasgos característicos de mi madre era su generosidad hacia los necesitados. Mi padre, por su parte, también era magnánimo, pero a su juicio el uso del presupuesto hogareño no debía escapar a los principios de equilibrio y orden que le eran tan queridos. En cierta ocasión, mi madre gastó en alimentar a los pobres, durante una quincena, una suma superior al ingreso mensual de mi padre.

—Te ruego tan sólo que restrinjas tus caridades a un límite razonable —objetó él.

⁶ Estos poemas épicos son el tesoro de la historia, la mitología y la filosofía de la India.

Incluso la más leve censura de su esposo, sin embargo, era para mi madre algo sumamente penoso. Sin referirse ante sus hijos al disgusto conyugal, ella hizo llamar un coche y dijo:

—Adiós, me voy a casa de mi madre.

¡Cuán antiguo es este supremo ultimátum! Al oírla, los niños, sobrecogidos de asombro, rompimos a llorar. La oportuna llegada de nuestro tío materno —quien le dio a mi padre algunos consejos al oído, sin duda destilados de una sabiduría ancestral— cambió la situación. Mi padre apeló entonces a mi madre con unas pocas palabras de reconciliación, luego de lo cual despidió ella el coche, satisfecha.

En esta forma concluyó el único conflicto que tuve ocasión de presenciar entre mis padres. Recuerdo, sin embargo, un ejemplo típico de un animado diálogo entre ellos.

—Te ruego que me des diez rupias, para una mujer desamparada que acaba de llegar. —La sonrisa de mi madre estaba dotada de un poder persuasivo singular.

—¿Por qué diez rupias? ¡Basta con una sola! —respondió mi padre, y agregó como justificación—: Cuando mi propio padre y mis abuelos murieron repentinamente, tuve yo mi primer encuentro con la pobreza. Un pequeño plátano era mi único desayuno, antes de caminar varios kilómetros hasta la escuela. Posteriormente, cuando ingresé en la universidad, mi necesidad era tan extrema que tuve que solicitar ayuda financiera a un poderoso magistrado. Aunque sólo le pedí una rupia mensual, él me negó su ayuda, comentando que incluso una rupia es importante.

—¡Con cuánta amargura recuerdas aún aquel incidente, cuando te negaron esa rupia! —replicó mi madre, cuyo corazón se expresaba con una lógica instantánea—. ¿Quieres acaso que esta mujer recuerde también, con dolor, que tú le negaste diez rupias que necesita urgentemente?

—¡Tú ganas! —respondió mi padre, abriendo su billetera con el gesto inmemorial del esposo que se da por vencido—. Aquí tienes las diez rupias; dáselas con mis mejores deseos.

Era la costumbre de mi padre el responder siempre con un «No» ante cualquier nueva sugerencia. Su actitud hacia la desconocida que había conquistado tan fácilmente el apoyo de mi madre era un ejemplo más de su cautela habitual.

El evitar aceptar de inmediato cualquier condición es en verdad una manera de ceñirse al principio de «someterlo todo a la debida consideración». En efecto, mi padre manifestó siempre una actitud razonable, y sus decisiones eran justas y equilibradas. Cada vez que lograba yo apoyar mis numerosas peticiones con uno o dos argumentos de peso, él me concedía invariablemente mi ansiado objetivo, ya fuera éste un viaje de vacaciones o una motocicleta nueva.

Si bien mi padre ejerció una disciplina estricta con sus hijos durante los años mozos de éstos, su actitud para consigo mismo era verdaderamente espartana. Jamás iba al teatro, hallando en cambio esparcimiento en sus prácticas espirituales y en la lectura del *Bhagavad Guita*⁷. Repudiaba todo lujo, y no desechaba un par de zapatos viejos hasta que se habían tornado totalmente inservibles. Sus hijos adquirieron automóviles cuando éstos se popularizaron; pero a mi padre continuó bastándole con el tranvía para ir y venir de la oficina. Por otra parte, no tenía él interés alguno en acumular dinero con el objeto de lograr poder. Así por ejemplo, tras haber fundado el Banco Urbano de Calcuta, rehusó todo beneficio personal y no quiso adquirir ninguna de las acciones del banco, pues había realizado esta obra simplemente como un servicio público, durante su tiempo libre.

Varios años después de haberse acogido mi padre a la jubilación, un auditor proveniente de Inglaterra visitó la compañía ferroviaria de Bengala-Nagpur. Al examinar los libros de contabilidad de la organización, el auditor descubrió, sorprendido, que mi padre jamás había solicitado las bonificaciones que se le adeudaban.

—¡Hizo un trabajo equivalente al de tres empleados! —informó el investigador a la compañía—. Se le deben 125.000 rupias (41.250 dólares) en concepto de compensaciones atrasadas.

El tesorero le envió por consiguiente a mi padre un cheque por dicha cantidad. Para mi padre, no obstante, el incidente

⁷ Este notable poema sánscrito, que forma parte del *Mahabharata*, es la Biblia hindú. Mahatma Gandhi expresó lo siguiente con respecto a esta escritura: «Quienes mediten en el mensaje del *Guita* cosecharán cada día un gozo y una comprensión renovados. No existe un solo dilema espiritual que el *Guita* no pueda dilucidar».